

El libro de Daniel - Número ciento cincuenta y ocho

Desvelando la visión: comprendiendo los días de luto en Daniel

Jeff Pippenger

2024-03-25

En el tercer año de Ciro, rey de Persia, le fue revelado a Daniel un asunto, cuyo nombre era Beltsasar; y el asunto era verdadero, pero el tiempo señalado era largo; y él entendió el asunto y comprendió la visión. En aquellos días yo, Daniel, estuve de duelo tres semanas completas. No comí manjares delicados, ni carne ni vino entraron en mi boca, ni me ungué en absoluto, hasta que se cumplieron las tres semanas enteras. Y el día veinticuatro del primer mes, estando yo a la orilla del gran río, que es el Hidequel. Daniel 10:1-4.

Durante los simbólicos tres días y medio del capítulo once de Apocalipsis, cuando los dos testigos están muertos en la calle, se le revela una "cosa" a Belteshazzar. Él ya había entendido la "visión" (march), pues en el capítulo nueve, Gabriel ya había venido y le había dado entendimiento de la visión.

Sí, mientras yo hablaba en oración, aun el hombre Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora de la ofrenda de la tarde. Y me informó, y habló conmigo, y dijo: Oh Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al comienzo de tus súplicas salió la orden, y he venido para mostrártelo; porque eres muy amado; por tanto, entiende el asunto y considera la visión. Daniel 9:21-23.

El «varón Gabriel, a quien» Daniel «había visto en la visión al principio», hace referencia al «chazon», visión de la historia profética, lo cual aludía a que Gabriel interpretaba para Daniel la visión de los reinos de la profecía bíblica en el capítulo ocho. Pero la «visión» que Daniel debía entonces considerar en el capítulo nueve era la «march», visión de la apariencia. Gabriel proporciona luego a Daniel el desglose histórico de la profecía de los dos mil trescientos años.

El capítulo nueve se cumplió en el primer año de Darío. Cuando Beltasar afirma que "tuvo entendimiento de la visión", en "el tercer año de Ciro", hacía dos años que había entendido la visión "march". Lo que Beltasar llegó a entender en "aquellos días" de duelo fue la "cosa", es decir, la palabra hebrea "dabar", y era larga, pues el tiempo señalado era de dos mil quinientos veinte años.

Daniel ya había entendido algo de la "cosa", pues estaba realizando la oración de Levítico veintiséis en el capítulo nueve, y esa es la oración de la "cosa". Hubo mayor luz sobre los "siete tiempos", la cual Beltasar llegó a comprender durante los veintiún días de duelo, y el aumento de luz sobre los "siete tiempos", durante aquellos días de duelo, tipificó el aumento de luz sobre los "siete tiempos" en 1856. Los milleritas también ya conocían los "siete tiempos", porque los habían proclamado, pero hubo luz adicional que habría de probarlos precisamente en el punto de su historia cuando pasaron del movimiento de Filadelfia al de Laodicea.

Los días de duelo de Belsasar son paralelos a la historia profética de cuando el movimiento filadelfiano pasó al movimiento laodicense en 1856, y luego a la iglesia adventista laodicense en 1863. Tanto la historia de Belsasar como la de los milleritas, en cuanto a la luz creciente sobre los “siete tiempos”, se corresponde con la transición del movimiento laodicense del tercer ángel al movimiento filadelfiano de los ciento cuarenta y cuatro mil, y con los días de duelo, que transcurren durante el tiempo de tardanza, cuando había de ser revelada una luz creciente sobre los “siete tiempos”.

Belteshazzar representa tanto a un mensajero como a un movimiento. En los días de su luto, el mensajero debe comprender la "cosa", que es la Verdad, y luego debe presentar la "cosa" a un movimiento, cuando Michael resucite a los dos testigos en 2023.

La palabra hebrea "mareh" (visión de la apariencia de Cristo), que se dice que Daniel entendió en el versículo uno, aparece cuatro veces en la última visión de Daniel. Dos veces se traduce como "visión" y dos veces como "apariciencia". La primera vez que Daniel emplea la palabra en el versículo uno, está indicando que entendió la "visión", pero las otras tres referencias identifican a Daniel experimentando la visión. En el versículo seis, el rostro de Cristo era "como la 'apariciencia' de un relámpago".

Y en el día veinticuatro del primer mes, estando yo a la orilla del gran río, que es Hiddekel, alcé entonces mis ojos y miré, y he aquí un cierto varón vestido de lino, cuyos lomos estaban ceñidos con oro fino de Ufaz. Su cuerpo era también como el berilo, y su rostro como la apariciencia del relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies semejantes en color al bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud. Y yo, Daniel, fui el único que vi la visión; porque los hombres que estaban conmigo no vieron la visión; sino que cayó sobre ellos un gran espanto, y huyeron para esconderse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí; porque mi vigor se convirtió en desfallecimiento, y no retuve fuerza alguna. Daniel 10:4-8.

Hay otra palabra hebrea traducida como "visión", que abordaremos después de exponer algunas características de la palabra hebrea "mareh". En los versículos anteriores se traduce como "apariciencia"; es la palabra hebrea "mareh". La misma palabra se traduce como "visión" en el versículo dieciséis. En el versículo dieciséis, la visión de Cristo ha entristecido a Daniel.

Y he aquí, uno como la semejanza de los hijos de los hombres tocó mis labios; entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Oh, señor mío, por la visión se volvieron sobre mí mis dolores, y no me ha quedado fuerza. Daniel 10:16.

La palabra hebrea traducida como "dolores" significa una bisagra, y la "visión" de la aparición de Cristo que Daniel vio en el versículo hizo girar una bisagra. Una "bisagra" en la profecía representa un punto de inflexión.

Hay lecciones que aprender de la historia del pasado; y se llama la atención a estas, para que todos comprendan que Dios obra de la misma manera ahora que siempre lo ha hecho. Su mano se ve en Su obra y entre las naciones ahora, igual que se ha visto desde que el evangelio fue proclamado por primera vez a Adán en Edén.

Hay épocas que marcan puntos de inflexión en la historia de las naciones y de la iglesia. En la providencia de Dios, cuando llegan estas diversas crisis, se da la luz para ese tiempo. Si se recibe, hay progreso espiritual; si se rechaza, siguen la declinación espiritual y el naufragio. El Señor, en Su Palabra, ha dado a conocer la obra expansiva del evangelio tal como se ha llevado a cabo en el pasado y como se llevará a cabo en el futuro, hasta el conflicto final, cuando las agencias satánicas harán su último movimiento prodigioso. Bible Echo, 26 de agosto de 1895.

El versículo dieciséis representa un punto de inflexión en la historia que Belsasar está representando. Es un punto de inflexión tanto para el cuerno republicano (la nación) como para el cuerno protestante (la iglesia). Representa una crisis, y representa el punto en el que se da luz especial para esa historia. El punto de inflexión para Daniel ocurrió cuando Daniel había sido «tocado», por segunda vez de tres. Daniel sería tocado tres veces, y la segunda vez que fue tocado constituyó un punto de inflexión para Daniel, y ese punto de inflexión fue la segunda de tres veces en que Daniel vio la visión del «mareh».

Y he aquí, uno como la semejanza de los hijos de los hombres tocó mis labios; entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Oh, señor mío, por la visión se volvieron sobre mí mis dolores, y no me ha quedado fuerza. Daniel 10:16.

Abordaremos los tres toques en breve. La primera de las cuatro veces que Daniel emplea la palabra «mareh» fue su testimonio de que comprendió la visión, y las tres referencias finales identifican su experiencia cuando realmente vio la apariencia. La tercera vez que identifica la visión de la apariencia es en el versículo dieciocho, donde es tocado por tercera vez.

Entonces vino otra vez uno con apariencia de hombre, me tocó y me fortaleció. Daniel 10:18.

Al segundo toque, en el versículo dieciséis, que es la segunda referencia a la visión de “marah”, su fuerza desaparece; pero al tercer toque, su fuerza es restaurada. En los versículos diez, dieciséis y dieciocho, Daniel es tocado. En el versículo seis, Daniel ve la apariencia de Cristo, y luego a Gabriel; y en el versículo diez, Gabriel toca a Daniel por primera vez.

Entonces alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, cuyos lomos estaban ceñidos con oro fino de Ufaz. Su cuerpo era también como de berilo, y su rostro como apariencia de relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y la voz de sus palabras como el estruendo de una multitud. Y sólo yo, Daniel, vi la visión; pues los hombres que estaban conmigo no vieron la visión, sino que cayó sobre ellos un gran temblor, y huyeron para esconderse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión; y no quedó fuerza en mí, porque mi lozanía se me tornó en corrupción, y no conservé fuerza alguna.

Pero oí la voz de sus palabras; y al oír la voz de sus palabras, caí en un profundo sueño sobre mi rostro, con mi rostro en tierra. Y he aquí, una mano me tocó, la cual me hizo poner sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. Y me dijo: Daniel, varón muy amado, entiende las palabras que te hablo, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora. Y cuando me hubo hablado estas palabras, me puse en pie temblando. Entonces me dijo: No temas, Daniel; porque desde el primer día en que dispusiste tu corazón para entender y para humillarte delante de tu

Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí, Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme; y permanecí allí con los reyes de Persia. Ahora he venido para hacerte entender lo que ha de acontecer a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es aún para muchos días. Daniel 10:5–14.

Entonces, en el versículo dieciséis, Daniel es tocado por segunda vez, cuando ve la visión de Cristo.

Y cuando me hubo hablado tales palabras, puse mi rostro en tierra, y enmudecí. Y he aquí, uno semejante a la apariencia de los hijos de los hombres tocó mis labios; entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Señor mío, a causa de la visión me han sobrevenido dolores, y no me ha quedado fuerza alguna. ¿Cómo, pues, podrá el siervo de este mi señor hablar con este mi señor? porque en cuanto a mí, al instante no quedó fuerza en mí, ni me quedó aliento. Daniel 10:15–17.

Entonces Daniel es tocado por tercera vez, en la aparición de Gabriel, no de Cristo.

Entonces volvió a venir y me tocó uno con aspecto de hombre, y me fortaleció, y dijo: Oh, hombre muy amado, no temas; la paz sea contigo; sé fuerte, sí, sé fuerte. Y cuando me hubo hablado, fui fortalecido, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido. Entonces dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Ahora volveré para pelear con el príncipe de Persia; y cuando yo haya salido, he aquí que vendrá el príncipe de Grecia. Pero te mostraré lo que está escrito en la escritura de la verdad; y no hay quien se mantenga conmigo en estas cosas, sino Miguel, vuestro príncipe. Daniel 10:18-21.

Daniel es tocado tres veces, y la primera y la tercera vez es tocado por el ángel Gabriel. La segunda vez, lo toca Cristo. Daniel empleó la misma palabra hebrea cuatro veces, pero la primera de las cuatro, en el versículo uno, estaba afirmando que entendía la "visión". Entender una verdad es importante, pero no es lo mismo que experimentar la verdad, como lo hizo las otras tres veces.

Cuando concluyeron los días de luto de Daniel, se le concedió una experiencia de la visión, que ya comprendía antes de que terminaran los días de su luto. La experiencia se compone de tres pasos, representados por tres toques. El primer y el último toque fueron realizados por Gabriel, y el toque intermedio por Cristo. El primero y el último toque correspondían a la primera y a la última letra del alfabeto hebreo. En ese segundo paso, Daniel reconoce su condición de pecador rebelde en relación con su Señor, y así el toque intermedio representa la rebelión, como la representa la decimotercera letra del alfabeto hebreo.

Pero a Pedro ya no le importaban las barcas ni la carga. Este milagro, por encima de cualquier otro que hubiera presenciado, fue para él una manifestación del poder divino. En Jesús vio a Uno que tenía toda la naturaleza bajo Su control. La presencia de la divinidad puso de manifiesto su propia falta de santidad. El amor por su Maestro, la vergüenza por su propia incredulidad, la gratitud por la condescendencia de Cristo y, sobre todo, el sentimiento de su impureza ante la pureza infinita, lo abrumaron. Mientras sus compañeros aseguraban el contenido de la red, Pedro cayó a los pies del Salvador, exclamando: «Apártate de mí, porque

soy hombre pecador, oh Señor».

Fue la misma presencia de santidad divina la que había hecho que el profeta Daniel cayera como muerto ante el ángel de Dios. Dijo: "Mi hermosura se convirtió en corrupción en mí, y no me quedó fuerza alguna". Así, cuando Isaías contempló la gloria del Señor, exclamó: "¡Ay de mí! porque estoy perdido; porque soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; porque mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos". Daniel 10:8; Isaías 6:5. La humanidad, con su debilidad y pecado, fue puesta en contraste con la perfección de la divinidad, y él se sintió por completo insuficiente e impuro. Así ha sido con todos a quienes se les ha concedido contemplar la grandeza y la majestad de Dios.

Pedro exclamó: «Apártate de mí, porque soy hombre pecador»; sin embargo, se aferró a los pies de Jesús, sintiendo que no podía separarse de Él. El Salvador respondió: «No temas; desde ahora en adelante pescarás hombres». Fue después de que Isaías contempló la santidad de Dios y su propia indignidad que se le confió el mensaje divino. Fue después de que Pedro había sido llevado a la abnegación y a la dependencia del poder divino que recibió el llamado a su obra para Cristo. El Deseo de las Edades, 246.

La visión del «mareh» es la visión de la apariencia de Cristo, pero el ángel Gabriel está representado por la segunda y la cuarta vez que Daniel empleó la palabra. La primera vez fue una afirmación de que Beltsasar entendía la visión, pero las últimas tres representan que Daniel experimenta la visión. Las tres veces que Daniel experimenta la visión, también es tocado.

La primera vez que fue tocado por Gabriel fue después de que había visto la aparición de Cristo glorificado, y la experiencia lo dejó en "un profundo sueño sobre mi rostro, y mi rostro hacia el suelo." La visión había producido una separación, pues los que habían estado con él "no vieron la visión; sino que cayó sobre ellos un gran temblor, de modo que huyeron para esconderse." En la primera desilusión, Jeremías "se sentó solo, a causa de la mano de Dios," y en Belteshazzar "no quedó fuerza" "porque" su "hermosura se convirtió en mí en corrupción, y" él "no retuvo fuerza."

Cuando Gabriel lo tocó por primera vez, puso a Daniel de rodillas, con las palmas de las manos en el suelo. Luego le ordenó a Daniel que entendiera las palabras que le hablaba y que se pusiera en pie; y así lo hizo, aunque temblaba. Después, Gabriel le explicó a Daniel lo que había ocurrido durante los veintiún días de su luto. Indicó que, tras luchar con los reyes de Persia durante veintiún días, Miguel descendió del cielo para intervenir en la batalla, y entonces Gabriel vino para responder a las oraciones de Daniel y explicarle a Daniel "lo que acontecerá a tu pueblo en los postreros días". Cuando Miguel descendió del cielo, Gabriel fue enviado para explicarle a Daniel los postreros días.

La explicación de Gabriel le fue dada a Daniel al final de los veintiún días de duelo, lo cual, en la aplicación línea sobre línea de Apocalipsis capítulo once, representa cuando a Ezequiel, en el capítulo treinta y siete, se le ordena dos veces profetizar a los huesos muertos, con el fin de sacar a los dos profetas de sus tumbas. Esto ocurre cuando Miguel desciende del cielo y resucita el cuerpo de Moisés, mientras se niega a interactuar con Satanás en el libro de Judas. Daniel todavía será tocado dos veces más después de que Gabriel le dio el panorama general de los días de duelo.

Después que Gabriel terminó, Daniel «puso su rostro hacia el suelo, y enmudeció»; y luego Cristo mismo «tocó» los «labios» de Daniel, y entonces Daniel «abrió» su «boca, y habló, y dijo al que estaba delante de mí: Oh señor mío, con la visión se han vuelto sobre mí mis dolores, y no me ha quedado fuerza alguna. ¿Cómo, pues, podrá el siervo de este mi señor hablar con este mi señor? porque en cuanto a mí, al instante no quedó fuerza en mí, ni me ha quedado aliento».

La experiencia de ver y hablar con Cristo humilla a Daniel hasta el polvo. Estaba mudo, y habría permanecido así si Cristo no le hubiera tocado los labios, como la brasa del altar había tocado los labios de Isaías.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Al contemplar Isaías esta revelación de la gloria y la majestad de su Señor, quedó abrumado por un profundo sentido de la pureza y la santidad de Dios. ¡Qué agudo el contraste entre la perfección incomparable de su Creador y el curso pecaminoso de aquellos que, junto con él, por mucho tiempo habían sido contados entre el pueblo escogido de Israel y de Judá! "¡Ay de mí!" clamó; "porque estoy perdido; porque soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; porque mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos." Versículo 5. De pie, por decirlo así, a plena luz de la presencia divina dentro del santuario interior, comprendió que, si se lo dejaba a su propia imperfección e insuficiencia, sería por completo incapaz de cumplir la misión a la que había sido llamado. Pero un serafín fue enviado para aliviar su angustia y capacitarlo para su gran misión. Un carbón encendido del altar fue puesto sobre sus labios, con estas palabras: "He aquí, esto ha tocado tus labios; y tu iniquidad es quitada, y tu pecado es expiado." Entonces se oyó la voz de Dios que decía: "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" e Isaías respondió: "Heme aquí; envíame a mí." Versículos 7, 8.

El visitante celestial ordenó al mensajero que esperaba: "Ve y dile a este pueblo: Oíd ciertamente, pero no entendáis; y ved ciertamente, pero no percibáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y haz pesados sus oídos, y cierra sus ojos; no sea que vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y sean sanados." Versículos 9, 10.

El deber del profeta era claro; debía alzar su voz en protesta contra los males imperantes. Pero temía emprender la obra sin alguna certeza de esperanza. "Señor, ¿hasta cuándo?", preguntó. Versículo 11. ¿No habrá ninguno de Tus escogidos que llegue alguna vez a entender, arrepentirse y ser sanado?

La carga de su alma en favor de la descarriada Judá no había de llevarse en vano. Su misión no había de ser del todo infructuosa. Sin embargo, los males que se habían multiplicado durante muchas generaciones no podían ser eliminados en sus días. A lo largo de su vida debía ser un maestro paciente y valiente, un profeta de esperanza así como de ruina. Cumplido por fin el propósito divino, aparecería el fruto pleno de sus esfuerzos y de las labores de todos los fieles mensajeros de Dios. Un remanente habría de ser salvo. Para que esto se llevara a cabo, los mensajes de advertencia y súplica debían ser entregados a la nación rebelde, declaró el Señor: "Hasta que las ciudades queden asoladas, sin habitante, y las casas sin morador, y la tierra sea completamente desolada; y el Señor haya llevado lejos a los hombres, y haya un gran

abandono en medio de la tierra.” Versículos 11 y 12.

Los severos juicios que habían de sobrevenir sobre los impenitentes —guerra, exilio, opresión, la pérdida de poder y prestigio entre las naciones—, todo esto había de venir para que quienes reconocieran en ellos la mano de un Dios ofendido fueran llevados al arrepentimiento. Las diez tribus del reino del norte pronto habían de ser esparcidas entre las naciones y sus ciudades quedar desoladas; los ejércitos destructores de naciones hostiles habrían de barrer su tierra una y otra vez; aun Jerusalén había de caer finalmente, y Judá había de ser llevado cautivo; sin embargo, la Tierra Prometida no había de permanecer enteramente abandonada para siempre. La garantía que el Visitante celestial dio a Isaías fue: «En ella quedará una décima parte, y volverá, y será consumida; como el terebinto y como la encina, cuyo tronco permanece en ellos cuando echan sus hojas; así la simiente santa será el tronco de ella». Versículo 13.

"Esta seguridad del cumplimiento final del propósito de Dios infundió valor en el corazón de Isaías. ¿Qué importaba que los poderes terrenales se alzaran contra Judá? ¿Qué importaba que el mensajero del Señor se enfrentara a oposición y resistencia? Isaías había visto al Rey, el Señor de los ejércitos; había oído el canto de los serafines: 'Toda la tierra está llena de Su gloria;' tenía la promesa de que los mensajes de Jehová para Judá descarriada irían acompañados por el poder de convicción del Espíritu Santo; y el profeta fue fortalecido para la obra que tenía por delante. Versículo 3. Durante toda su larga y ardua misión llevó consigo el recuerdo de esta visión. Por sesenta años o más se mantuvo ante los hijos de Judá como un profeta de esperanza, volviéndose cada vez más audaz en sus predicciones del triunfo futuro de la iglesia." Profetas y Reyes, 307-310.